



SER BOSQUES

**EMBOSCARSE, HABITAR Y RESISTIR
EN LOS TERRITORIOS EN LUCHA**

JEAN-BAPTISTE VIDALOU

TRADUCCIÓN DE SILVIA MORENO PARRADO



errata naturae

Nuestros libros se imprimen con un papel de cubierta CREATOR SILK, y para los interiores utilizamos papel CORAL BOOK O MUNKEN PRINT. Todos ellos cuentan con las credenciales ambientales FSC, ECF, PEFC, ISO14001, ISO9001, ISO50001 Y OSHAS18001.



PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2020

TÍTULO ORIGINAL: *Être forêts:*

Habiter des territoires en lutte

© Éditions La Découverte, París, Francia, 2017

© de la traducción, Silvia Moreno Parrado, 2020

© Errata naturae editores, 2020

C/ Alameda 16, bajo A

28014 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-48-2

DEPÓSITO LEGAL: M-1028-2020

CÓDIGO IBIC: DN

IMAGEN DE PORTADA: Archives Mauvaise Troupe

MAQUETACIÓN: A. S. y Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

ÍNDICE

ALLÍ DONDE SE VIVE, ALLÍ DONDE SE LUCHA	11
UN TERRITORIO PECULIAR	27
UNA PEQUEÑA HISTORIA DE MAPAS	37
FRICCIONES DE TERRENO	45
¡BIENVENIDOS AL PARQUE!	61
GENEALOGÍA DE LA ORDENACIÓN DEL TERRITORIO	81
LA DESTRUCCIÓN DE LAS CUENTAS	95
LOS FISIÓCRATAS Y LA GUERRA	
A LAS TIERRAS COMUNALES	105
TODO LO SÓLIDO DEBE SER LIQUIDADO	121
CÁLCULO TOTAL	129
DE LA CASTRAMENTACIÓN A LA LOGÍSTICA	153
LOS BOSQUES CONTRA LA DENDROENERGÍA	177
UN AFUERA INALCANZABLE	191
EMBOSCADURA, SECESIÓN	205
EL NUEVO NOMOS DE LA TIERRA	215
FENOMENOLOGÍA DE UNA INFRAESTRUCTURA	233
MÍSTICA DE LA INTERCONEXIÓN	237
EL MUNDO O LA CIBERNÉTICA	251
EL BOSQUE SE DESBORDA	265

A las comunas libres, a la ZAD, a los amigos...

*Todos los días hay brotes nuevos en el hueco de la
devastación. Nosotros y nadie: el bosque.*

GROUPE ÉPOPÉE, 2012

ALLÍ DONDE SE VIVE,
ALLÍ DONDE SE LUCHA

*Habitar, poblar, partir de la situación.
Conservar siempre ese potencial.*

ALAIN DAMASIO,
LE DEHORS DE TOUTE CHOSE

Esta época no parece sustentarse ya en gran cosa. La época que huye de su propio desastre refugiándose en su «nave espacial Tierra», la que tantas esperanzas había depositado en la religión del Progreso, se ve ahora abandonada a los designios de un globo a la deriva, despojada de todo sentido, por completo *extra-terrestre*. La misma época que pretende gobernar el mundo se aleja de él sin remedio. Hasta despegarse del suelo. La gestión tecnocrática es la pobre salvación de la que aún puede valerse.

Porque eso es lo único que hace esta época: *gestionar*. Gestiona los ecosistemas, gestiona las poblaciones, gestiona los cuerpos, del mismo modo que gestiona una red eléctrica, que gestiona una sala de control, que gestiona una cabina de mandos. Esta misma época que quería construir un paraíso está viviendo un auténtico infierno. La cartografía que nos muestra se extiende, de un tiempo

a esta parte, sobre un paisaje devastado: por un lado, obras titánicas con las que se destruye la vida; por el otro, una biodiversidad de museo.

Nunca se había hablado tanto del «planeta», del «clima», del «medio ambiente global» como ahora, justo cuando nos vemos encerrados en el más pequeño de los mundos: el mundo de los ingenieros. Nunca se había escrito tanto sobre la «diplomacia climática» como ahora, cuando lo evaluamos todo mediante cálculos y algoritmos. Nunca habíamos disertado tanto sobre el «carbono» para planificar sus mercados. Los entornos naturales, como los linderos o las cercas de nuestros campos, se convierten en infraestructuras equiparables a tantas otras, en IAE (infraestructuras agroecológicas) con sus «servicios de ecosistemas» catalogados mediante teledetección espacial.

Esta visión estratosférica parte de un concepto según el cual estaríamos viviendo en este planeta como si se tratara de un mapa a escala 1:1, un plano en el que podríamos examinar los seres y las cosas en tiempo real. Igual que por una pantalla desfilan tal o cual variable de población, tal o cual cursor de biomasa. Siempre puntos catalogados, flujos controlados. A todo lo que pertenece aún al ámbito de lo heterogéneo, a todo lo que se las arregla con una generosa opacidad, siempre demasiado caótico a ojos de los «intendentes del planeta», se le ordena que deje integrarse en esa puesta en equivalencia generalizada. De una vez por todas legible y gobernable.

No sorprende que Google colabore con la NASA en la compilación y transformación de millones de imágenes

por satélite acumuladas por el programa Landsat desde hace más de cuarenta años. Un algoritmo analiza sin cesar la evolución de las nuevas imágenes por satélite que se van recibiendo y, una vez eliminadas las variaciones ligadas a las estaciones o el clima, puede detectar, en tiempo real, las fluctuaciones mundiales de la masa forestal. Gracias a Global Forest Watch, Google se vanagloria de ser, así, el primero en ofrecer, tanto a los profesionales como al gran público, imágenes de altísima resolución sobre el estado de los bosques. Evidentemente, existe una aplicación para móviles. Que una empresa con el objetivo de cartografiar el conjunto del planeta, al mismo tiempo que la totalidad de la vida de sus habitantes, se interese hoy en día por los bosques dice mucho de la intensificación de este control, que se ha vuelto hegemónico. Y estos espacios, estos bosques, no tienen sentido más que una vez medidos, una medida que tiene en cuenta incluso su destrucción: ahí es donde se halla realmente el desastre. Cuantificar lo incuantificable. Google nos dice que la Tierra ha perdido 2,3 millones de km² de bosque entre 2000 y 2012, el equivalente a cincuenta campos de fútbol por minuto.

No parece descabellado juzgar una época por cómo trata sus bosques. A ésta se la juzgará por cómo mide, píxel a píxel, su propia devastación.

Una leyenda sumeria, fechada en el 2700 a. C. (sin duda, la primera historia escrita de la humanidad), cuenta el viaje del gran «héroe» primordial: Gilgamesh. Este legendario rey de una ciudad sumeria, obsesionado con

la muerte y movido por el deseo de alcanzar la fama eterna, decide emprender un viaje hacia un bosque de cedros. Para lograr la gloria correspondiente a su rango, pretende matar a Humbaba, el demonio que rige en ese bosque sagrado. Una vez consumado el sacrílego asesinato, Gilgamesh tala el bosque y envía los troncos hacia la ciudad, flotando por los ríos, como si fueran cadáveres de incontables ritos fúnebres. El rey Gilgamesh destruye así otra ley igualmente antigua, la ley de lo que está «fuera» de los muros de la ciudad. La ley del bosque. Más allá del mito, parece que la civilización de los sumerios fue la primera en deforestar de forma masiva, en devastar los famosos bosques de cedros del Líbano. Tuvieron que ir cada vez más al norte, insaciables, para encontrar nuevos recursos, hasta dejar todas las montañas desnudas. La historia de Gilgamesh cuenta, quizá, la primera catástrofe ecológica, esa catástrofe que es la propia civilización.

Los mitos eran el testimonio de su época, pero hoy en día ya no tenemos siquiera relatos para entender la nuestra. Sólo nos quedan paredes de pantallas para contemplar el desastre. Y los ojos para llorar. La devastación del mundo se ha convertido en ese objeto que se observa «desde arriba», desde los satélites. En cualquier caso, aquí somos como extranjeros. Literalmente desgajados del mundo sensible. Por otro lado, desde tan arriba, a través de esos datos satelitales, ¿qué se ve? Desde luego, no las formas de vida de un bosque, ni la profusión de plantas ni la bulliciosa vida del suelo. Si en los mitos había «signos»

que traducían el mundo a gestos, en las pantallas táctiles ya no hay más que «señales».

Pero, si volvemos a la Tierra, si rompemos la pantalla que nos separa de la realidad, el bosque se nos ofrecerá de un modo por completo distinto. Si vamos a ese bosque, si recogemos o cortamos leña en él, si recolectamos en él, si cazamos en él, si jugamos en él, si paseamos por él, si lo defendemos, si luchamos por él, lo entenderemos de otro modo que en términos de cifras, recursos y datos. Y así podremos construir otra relación con el mundo, hecha de espacios irreductibles entre sí. Una forma de mantenerse erguido. De no agachar más la cabeza. Arraigarse, pero, también, brotar. Desplegarse. Algo así como una verticalidad inédita. Esto es, quizá, al menos de entrada, un bosque, y lo que queremos defender en él: un acontecimiento vertical. Algo que, frente a lo ajeno del mundo administrado, está por fin *aquí. Plenamente aquí.*

La civilización occidental se ha construido, piedra a piedra, sobre las cenizas de los bosques, y no es descabellado pensar que ahora mismo éstos están respondiendo, como ha ocurrido en otros momentos de intensa configuración histórica. Nuevos brotes vienen a perforar cada día más la capa de hormigón de esta época.

Aquí no es cuestión tanto del *bosque* como de los usos y los vínculos que tenemos con *los bosques*. Más bien, se trata de ver que *somos bosques*. Unos bosques que no serían tanto ese pedazo de «naturaleza salvaje» como una cierta aleación, una cierta composición enteramente singular de vínculos, de seres vivos, de magia. No una

superficie, sino una fuerza que crece en su corazón y en sus lindes. Los bosques son una realidad sensible, mucho más que un «espacio cubierto de árboles», de acuerdo con su definición habitual, son una forma concreta de disponer el mundo, de imaginarlo, de apegarse a él. Tal vez, quienes habitan barrios, campos o sotos podrían llegar a las mismas conclusiones. En cualquier caso, se trata de las formas que nos damos y de las materias que modelamos, como las venas de la madera bajo los gestos de la mano. Como ese bello armazón que proviene de un bosque cercano y que los compañeros habrán ido a buscar con ese objetivo determinado, escrutando los árboles y viendo ya en ellos las asambleas que albergará la nueva edificación. Una forma también de cuidar, de curarse de la devastación. Y de defendernos juntos.

Desde hace una década, ya sea en la ZAD¹ del bosque de Tronçay (en el Morvan), en los bosques de Sivens, en

¹ La ZAD o *Zone à Défendre* (zona por defender) es por definición una comunidad anarquista autogestionada cuyo nombre genérico se apropia, de manera irónica, de las siglas de *Zone d'Aménagement Différé* (zona de desarrollo futuro), calificación que otorgó el Gobierno francés en la década de 1970 a una extensión de doscientas hectáreas, en Notre-Dame-des-Landes, en la que pretendía construir el tercer aeropuerto más grande del país. El proyecto del Gobierno, que arrasaría un humedal de gran valor ecológico, implicaba también expropiar la tierra a los campesinos y campesinas, así como al resto de la población local, y, como consecuencia, expulsarles y que buscaran una nueva forma de ganarse la vida, pero se topó con una reacción popular eficaz y organizada. El proyecto del aeropuerto fue relanzado en 2003 por el alcalde de Nantes, primer ministro del Gobierno socialista de Hollande. En esta ocasión surgió una nueva ola de resistencia articulada entre el Partido Verde francés (EELV), asociaciones ecologistas, ciudadanos, campesinos y activistas. Los políticos y la ciudadanía trataron de abrir una vía de negociación con el poder para frenar la construcción, pero, a partir de 2009, cerca de 150 ecologistas y anarquistas optaron por una estrategia más radical y ocuparon esta ZAD,

Notre-Dame-des-Landes, en el bosque de Chambarans (en Roybon), en Bure o en las Cevenas, es evidente que está ocurriendo algo con los bosques y con otros «espacios de escasa densidad», como se dice en el sórdido despacho de algún sórdido mandamás. Hay quienes han empezado a habitar esos espacios, y lo hacen con una *intensidad* absoluta. A habitarlos, precisamente, contra la planificación a la que están destinados, contra ese futuro acondicionado que querría verlos convertidos en «sistemas dinámicos», «proscenios de la metrópolis», «plataformas productivas» o puras «zonas de relegación», con la determinación de salir del mundo de la economía y del vacío que supone, de bloquear sus infraestructuras de muerte. Y así se dibuja una relación por completo distinta con el territorio. Otra sensibilidad toma cuerpo. Una sensibilidad común que se construye con oposición directa a esa ciencia militar que es la ordenación del territorio: aquí, contra una presa; allí, contra un centro recreativo, un aeropuerto, una planta de extracción de biomasa. Pero no se trata de una cuestión local. Los campesinos de Guerrero, en México, llevan más de quince años luchando para liberar sus bosques de la explotación agrícola; los tramperos del pueblo cree, en Canadá, defienden el bosque boreal del valle de Broadback contra la deforestación; los penan de Borneo levantan

que bautizaron como *Zone à Défendre* (Zona por defender). Tras casi una década de luchas y sucesivos intentos de desalojo, el Estado decidió abortar el proyecto del aeropuerto, si bien a continuación envió a 2.500 agentes antidisturbios (una de las mayores operaciones policiales en Francia) para destruir la ZAD, que contaba en ese momento con 300 habitantes. Con el tiempo, han ido surgiendo otras ZAD por toda Francia. Más información en <http://zad.nadir.org>. (N. de la T).

barricadas y se arman de cerbatanas contra las compañías de plantaciones de palmas aceiteras; en el bosque de Hambach, en Renania, la resistencia se organiza para bloquear la extracción de lignito a cielo abierto y la destrucción del último bosque primario de Europa; en Grecia, cerca de Ierisós, los vecinos luchan para defender el bosque de Scuriés frente a una mina de oro y cobre... Por doquier se libran batallas en las que resuena esta misma idea: el bosque no es un yacimiento de biomasa, una zona de desarrollo futuro, una reserva de la biosfera ni un sumidero de carbono; el bosque es un pueblo que se subleva, una defensa que se organiza, imaginarios que se intensifican.

Partiendo de donde vivimos, y tratando de recuperar un cierto asidero para nuestras vidas, hemos ido al encuentro de nuestro bosque, de nuestros bosques y, también, de quienes los defienden. Allí hemos descubierto una percepción totalmente distinta de esa idea asfixiante de la ordenación territorial. Hemos descubierto innumerables continentes, senderos inéditos, amistades inquebrantables. Una percepción del mundo según la cual es posible, por fin, respirar. Hemos conocido también épocas y países que no por parecer más alejados nos han resultado menos cercanos, casi íntimos. Así, nos han mostrado una nueva geografía que ver y también que recorrer. Se han desplegado seres y objetos que han comenzado, a su vez, a habitar nuestros lugares, nuestras almas. Aquí sólo he intentado amplificar ese encuentro, hacer ver lo que acarrear esos pueblos del bosque, esas luchas, esos

imaginarios, demostrando la singularidad común que comportan, y de una manera intrínsecamente actual. Con la contundente sensación de habernos vuelto más fuertes. Y, desde ahí, poder entender, con una perspectiva distinta de la de las eternas víctimas, la guerra que se nos ha declarado.

Hay lugares así, que cristalizan vínculos irreductibles, vínculos que no se pueden traicionar. Habitarlos es también habitar una historia, con su pasado insurrecto. Aquí, en estas montañas conocidas como las Cevenas, el pasado puede leerse de forma directa sobre el territorio. Sus sierras y quebradas han sido el escenario de distintas formas de revuelta, ya fuera la Guerra de los Camisardos, a comienzos del siglo XVIII, o los maquis antifascistas durante la Segunda Guerra Mundial. Más adelante, en los años ochenta, también la lucha popular y victoriosa contra la presa de la Borie. Parece que estas zonas montañosas fueran propicias para refugiarse y organizar formas originales de resistencia. Resulta emblemática la citada Guerra de los Camisardos, cuya relación de fuerzas no se vio determinada sólo por la geopolítica del conflicto religioso, sino por toda una realidad territorial y los repetidos intentos del poder por allanar sus profundos valles y sus afiladas crestas. Para convertirlos en un mapa liso, *legible*, en definitiva. Lo que está ocurriendo hoy en torno al proyecto de la empresa alemana EON, con su megacentral de biomasa en Gardanne, que iría a las Cevenas a aprovisionarse de madera, no es ajeno a esta lógica de la «penetrabilidad». El proyecto viene a reforzar la vocación de la

región, dedicada, desde los años sesenta, a la explotación maderera, el turismo y la musealización de la naturaleza. El hecho de que estos polos se superpongan punto por punto no es contradictorio. La conservación y la explotación constituyen hoy las dos caras de una misma forma de colonización, que aspira a sacar de su aislamiento estas montañas y mesetas y a introducirlas en el orden general de funcionamiento de la economía. Aquí, como en todo el planeta, lo que se conoce como «ordenación territorial» debe entenderse como una guerra de baja intensidad. Una guerra emprendida no sólo contra los lugares que aniquila, sino contra los propios seres vivos.

Toda fricción del terreno, como todo pueblo demasiado firme, deberá allanarse o enfrentarse, tarde o temprano, al poder de la ordenación territorial y sus militares. Los bosques no son más que uno entre varios frentes, pero se encuentran casi siempre en primera línea de los proyectos de muerte. Se trata de las mismas estrategias, moderando algunas sutilezas más o menos democráticas o más o menos fascistas, que prevalecen sin excepción en toda la superficie del globo. Evacuar, arrasar, extraer, explotar. Ya sea para la construcción de una presa, cargamentos de madera para la obtención de energía, un centro vacacional con piscina tropical, un cementerio nuclear o un aeropuerto, en cualquiera de los casos, el mecanismo consiste en poner en circulación materias primas y sus escombros sobre las ruinas del mundo.

¿Sorprende que el propio término «ordenación», referido al monte y a los bosques, remita a la «dasocracia»,

que se define como «la ordenación de los montes, a fin de obtener la mayor renta anual y constante, según la especie, método y turno de beneficio que se hayan adoptado»? En efecto, los bosques, y los pueblos que vivían en sus lindes, son quienes sufrieron en carne propia la presión de los poderes de turno, primero reales y luego estatales. En Francia, los gigantescos bosques reales del siglo xvii se «ordenaron» para la caza con perros, como si fueran auténticas ciudades, con sus carreteras, sus cruces en forma de estrella, sus rotondas, su disposición geométrica. En el siglo xviii, con el proyecto de cartografía impulsado por Colbert, los bosques se sometieron a una parcelación rigurosa y una acotación sistemática. Los ingenieros militares de la época, como el célebre Vauban, eran también perfectos conocedores de la economía silvícola. En primer lugar, se recurrió a la reducción de los ángulos muertos, a las perspectivas, a los ángulos de tiro para convertir el bosque en un terreno de caza y, posteriormente, a la construcción de un nuevo tipo de fortificaciones. En el siglo xix, la gestión forestal impondría su dominio para terminar de transformar el bosque en un espacio bajo control. A veces, espacio pseudo-mítico y recreativo; a veces, yacimiento de leña. En ambos casos, un simple «recurso» que gestionar. Y, para acceder a él, primero hacía falta abrir carreteras, carreteras y más carreteras. El poder reticular, hoy omnipresente, que lanza sus múltiplos al asalto del mundo a través de innumerables nudos de autopistas, fibras ópticas, tendidos de cables de alta tensión y centros de datos, no tiene su origen en una

utopía lejana, sino en la ordenación de estas zonas que son los bosques.

Y de ahí es de donde partimos, del estado de devastación de nuestro mundo, cuya destrucción acelerada sería una locura mantener. Para poder encontrar un camino practicable, menos funesto, debemos aprender a contrarrestar la dominación material de las redes. Y, de esta forma, reapropiarnos de las condiciones de vida. Se trata de localizar el poder: ¿por dónde pasa, cómo circula, quién hace qué? Como bien dice el Comité invisible, el poder actual no se define por sus instituciones políticas, sino por sus infraestructuras. Es arquitectónico, más que representativo. Dispone los espacios, administra las cosas, gobierna a las personas. Ante ese poder tan material, volverse contra los símbolos representativos ha dejado de tener consecuencias. Hay que fijarse en la ingeniería, en la ordenación territorial, en el diseño de las redes de todo tipo de comunicación para comprender a qué nos enfrentamos. «Identificar este sistema, trazarle contornos, descifrar sus vectores es devolverlo a su naturaleza terrestre, reducirlo a su rango real. Hay ahí también un trabajo de investigación, el único que puede arrancarle su aura a lo que se pretende hegemónico»².

La configuración actual del bosque se presenta sobre este eje totalmente «ordenado». Es menos un objeto institucional que un conjunto atravesado por flujos, recursos

² Comité invisible, *À nos amis*, París, La fabrique éditions, 2014, p. 192. Trad. cast. *A nuestros amigos*, Logroño, Pepitas de calabaza, 2015, p. 206.

y energía. Y el cuerpo del Estado que asegura seguir gestionándolo no se comprende sino en la medida en que es, desde un punto de vista histórico, un cuerpo de ingenieros. Resulta evidente que la transformación de los bosques en infraestructuras energéticas es el punto de contacto, el síntoma flagrante de la fusión entre las funciones de «gestión patrimonial», «ordenación» y «producción energética», sin que pueda hacerse ya ninguna distinción válida entre poder político y poder infraestructural. Así, la alianza entre la eléctrica alemana EON y el Parque Nacional de las Cevenas en un proyecto de explotación del bosque para la obtención de madera para energía, entendida por muchos como una traición por parte de los poderes públicos, no debe engañarnos sobre la política primera de ese tipo de sistemas, que consiste en hacer del bosque un «mito recreativo» y un «recurso explotable»: invariablemente, una infraestructura. En este sentido, resulta obvio que la cuestión de la central de biomasa de EON no afecta sólo a los «lugareños».

Investigar sobre lo que está ocurriendo aquí, de manera local, implica, pues, tarde o temprano, hacer frente a la organización misma de este mundo. EON, tercer grupo mundial de energía y paradigma del poder infraestructural (productor de energía nuclear, gas, petróleo, energía eólica y biomasa, pero también de aluminio, acero, logística, embalajes, electrónica...), está planificando una explotación forestal en un radio de cuatrocientos kilómetros, lo que significa que podría afectar, en su punto más cercano, a la central de Gardanne y los departamentos

de Bocas del Ródano, Vaucluse y Var, y luego, por expansión excéntrica, a los de Alpes de Alta Provenza, Gard, Hérault, Aude, Aveyron, Lozera, Ardecha, Drôme, Altos Alpes, Alpes Marítimos, y finalmente, en su punto más alejado, a los de Pirineos Orientales, Ariège, Alto Garona, Tarn, Alto Loira, Isère y Saboya: en resumen, casi la mitad de Francia. El grupo pretende extraer... ¡no menos de ochocientas cincuenta mil toneladas de biomasa al año! Sabiendo que la conversión de la central (del carbón a la biomasa) se ha hecho con un aporte de fondos de unos doscientos veinte millones de euros, financiados en parte por la Caisse des dépôts et consignations y su filial de «infraestructuras», se entiende mejor todo lo que pone en juego este tipo de «proyecto de energía limpia».

Hoy en día, la propia crisis energética no es sino un medio para experimentar nuevas formas de gobernanza y las medidas de excepción aparejadas. Aquello que la sacrosanta «transición ecológica» nos ofrece, como movilización cotidiana, no consiste, por supuesto, en una alternativa al desastre que está produciéndose, sino sólo en un intento de poner un remedio ilusorio a la debacle del cuerpo político. En los despachos de la UE o de la OTAN, quienes gobiernan el mundo no darían de forma tan alegre su beneplácito al dossier de la «transición» y sus infraestructuras si, a través de esta cuestión estratégica, no se estuviera jugando alguna redistribución en la gobernanza de los seres humanos (y la voluntad, por su parte, no de «transicionar» —¡menuda broma!—, sino de darse un cierto margen). La época de los cambios de época

terminó, como tarde, en 1945. Ya no vivimos en una época de transición previa a otras épocas, sino en una *prórroga*, como decía Günther Anders, uno de los pensadores con una percepción más afilada de la historia.

Ante quienes se atrevan a cuestionar cualquier elemento de ese nuevo ídolo que es la «transición», la única respuesta del gobierno es la amenaza de *black-out* que profieren los dirigentes políticos. Obedeced o vendrá el caos. Cooperad o volveremos a la época de las velas. En la visión estratégica de la RTE (Red de Transporte de Electricidad francesa), el vínculo social es la red eléctrica: «Para asumir el reto de la transición energética, debemos apoyarnos en lo que nos une: la red de distribución de electricidad, las autopistas de la energía». Algo que dice mucho sobre lo que queda de los «vínculos sociales», pero también sobre el tipo de entramado global que se está preparando. El poder pretende, a través de la nueva religión de las «energías verdes» y de las redes eléctricas inteligentes, profundizar su obra salvífica, que no es sino un control aún más estrecho de la población. Todavía más contadores inteligentes, objetos conectados, sensores. Ésta es la idea del poder gubernamental: preverlo todo, calcularlo todo, es decir, reducirlo todo a la economía.

Partiendo de donde vivimos, de donde luchamos, nuestra apuesta es contraria de una manera radical. No todo es calculable, no todo es economía. En todas partes hay seres y objetos que resisten a esa equiparación integral. Fuerzas vivas que ya no soportan esta devastación de la existencia. En su intento de abandonar la maquinaria

social y sus circuitos, crean espacios nuevos a la altura de sus deseos, asentados en la propia Tierra. Volver a empezar desde ahí, desde esa *gravedad*, eminentemente política. Esto, por supuesto, no quiere decir dejar de verse ni de viajar, sino trazar otras líneas, líneas de vida, líneas de lucha que se cruzan, que proliferan. Lo que ocurre aquí tiene ya un reflejo allí, más lejos.

No vamos a dar recetas ni soluciones listas para aplicar. Tan sólo procuramos *ser bosques*. Como una fuerza que crece, raíz a raíz, tallo a tallo, hoja a hoja. Hasta las copas exuberantes, entre el cielo y la tierra. Volvemos ingobernables.

UN TERRITORIO PECULIAR

Esto habría terminado ya si quisieran avanzar en una tropa más grande, pero se dispersan por el bosque, se reagrupan para acometer una acción y enseguida se vuelven invisibles, pues acceden a lugares imposibles de conocer.

CARTA DEL MARISCAL DE BROGLIE, 1702

En octubre de 1701, Abraham Mazel, cardador de lana, uno de los profetas de las Cevenas que lideraron la insurrección de los camisardos, tuvo un sueño. En él vio a unos bueyes negros muy gordos que se acercaban a pacer entre las matas de un huerto. Los bueyes representaban, en realidad, a los papistas que los protestantes tenían que espantar de sus huertos, de sus templos. Tras esta inspiración, y con ayuda de una pequeña tropa bajada de la cima del monte Bougès, Mazel decidió liberar a los prisioneros de Pont-de-Montvert, retenidos en la residencia del abad de Chayla, arcipreste de las Cevenas, inspector de misiones, escuelas y caminos y uno de los torturadores más odiados de la región. La liberación de los prisioneros y la muerte del abad inauguraron ocho años de guerrilla en las montañas de la zona, librada por pequeños grupos